

# Crecimiento económico en Argentina: inversión, instituciones y decadencia

ORLANDO FERRERES

Revista Cultura Económica  
Año XXVI • N° 72 • Agosto 2008: 8-16

## I. Introducción

El análisis del crecimiento económico fue un punto central para los economistas de todos los tiempos, pero sobre todo para los economistas clásicos, Adam Smith (1776), Thomas Malthus (1820) y David Ricardo (1821). Para estos economistas el interés por el tema derivaba de la preocupación acerca de las posibilidades del “progreso”, que podía ampliar el desarrollo de la base material de la sociedad. Se trataba entonces de identificar las fuerzas que promovieran ese desarrollo en la sociedad, para, entonces, establecer políticas sistemáticas para su mejoramiento. El título de la obra principal de Adam Smith, *Una investigación acerca de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776) ejemplifica la idea que estamos exponiendo.

Muchos economistas se preocuparon posteriormente por el crecimiento, como ser, Marx (1876), Hicks (1932), Harrod (1939) y muchos otros, pero nuestro objetivo no es hacer una reseña de esas teorías, sino marcar algunos hitos en el desarrollo de las ideas sobre este tema, para llegar a lo que puede influir hoy en Argentina.

En este sentido, es necesario recordar que, cuando Robert Solow (1956) publicó su artículo “*A Contribution to the Theory of Economic Growth*” provocó un impacto enorme. Como hemos dicho, no es que no se hubiera discutido el tema en otras obras de economía, sino que desde allí se inicia su discusión desde otro ángulo. En 1957 publicó otro importante artículo “*Technical Change and the Aggregate Production Function*”

en el que usaba su modelo para medir la contribución del capital, del trabajo y de la tecnología con las cifras de EE.UU., y donde demostró que gran parte del incremento del producto no era atribuible al capital, sino a los cambios tecnológicos, lo que después se llamó “residuo de Solow”. En definitiva, la acumulación de capital por sí sola no podía explicar el progreso que se registraba en algunos países. Esto era algo adicional que permitía al sistema económico agregar más producto, pero sin necesariamente agregar más trabajo o capital. Solow llamó a este nuevo elemento que agregaba valor “progreso tecnológico”. Lo consideró “exógeno” al modelo de crecimiento y así fue considerado hasta hace poco. El cambio tecnológico entraba en el modelo como “maná caído del cielo”. Esto implicaba también que había rendimientos decrecientes a escala, al utilizar este “exógeno” progreso tecnológico. Hace unos quince años atrás, Paul Romer (1986, 1990) provocó otro revuelo en este campo del conocimiento, haciendo endógeno al cambio tecnológico. La fabricación de ideas, es decir, el cambio tecnológico, se va aprendiendo a medida que se realizan inversiones, las cuales se expanden a otras empresas, que, a su vez, generan una sucesión de inversiones y así el proceso es endógeno. De esta forma, el capital tiene rendimientos constantes a escala y no decrecientes, como se postulaba hasta allí.

Otro aspecto que influyó en América Latina y especialmente en nuestro país, fue el de la relación entre el comercio y el desarrollo económico, especialmente la hipótesis de la caída secular de los términos de

intercambio para aquellos países productores de materias primas, publicada en forma independiente y por primera vez por Prebisch (1950) y Singer (1950). La teoría de los clásicos –predominante hasta esa época– indicaba como verdad sin discusión, que los precios de los *commodities* crecerían a un mayor ritmo que los precios industriales por el superávit de la población y la urbanización, lo que mantendría bajos los costos industriales, en tanto que los precios de los alimentos y de otros productos básicos crecerían permanentemente debido a las limitaciones del factor tierra. Singer (1949) preparó para las Naciones Unidas un informe sobre los términos de intercambio (*Relative Prices of Exports and Imports of Underdeveloped Countries*, New York, United Nations, 1949), que estudiaba la evolución en Gran Bretaña desde 1873 a 1938 de los precios de la lana, el algodón y otros productos primarios en relación a los de la industria manufacturera, especialmente la textil. Este informe dio las bases estadísticas para la formulación de la hipótesis de Prebisch-Singer que iba en contra de la teoría aceptada hasta ese momento, que sostenía que la oferta de alimentos crecía a un ritmo menor que el de la población y, por lo tanto, los precios respectivos tendían a subir más que los precios de la industria. Por lo tanto, la hipótesis fue recibida con gran resistencia, tanto en su aspecto teórico como en la aceptación de la evidencia empírica, ya que en 1949-1950 los productos primarios presentaban precios muy altos, que se atribuían al período de guerra y posguerra. Para nuestro país esta idea fue una clave orientadora, pues la población se movía en esos años del campo a las ciudades en un proceso de migración incontenible, y se necesitaba darle ocupación en los centros urbanos. Favorecer a la industria pareció natural, pues ésta ocupaba a mucha gente en las ciudades, en tanto que el campo aumentaba su productividad y necesitaba cada vez menos trabajadores.

En las últimas décadas, los economistas han coincidido en señalar la inversión física, la tecnología, el capital humano, las instituciones y la apertura al comercio como elementos influyentes en el desarrollo económico, pero una teoría del crecimiento totalmente aceptada sigue siendo un tema pendiente.

Recientemente, se está desarrollando un nuevo campo de análisis como el de *Political Economics*, que estudia la relación entre la política y la economía, así como los resultados de esta relación en el desarrollo económico y social de un país o una región. Esta corriente pone mucho énfasis en el tipo de instituciones, las cuales –según su conformación– pueden permitir un rápido desarrollo o retrasar y hasta anular el mismo.

En los noventa tuvieron mucha influencia las recomendaciones del Consenso de Washington para lograr un mayor crecimiento, que indicaban,<sup>1</sup> básicamente A) Reforma del sector público: 1) disciplina fiscal, 2) reorientar el gasto público, 3) reforma tributaria, 4) privatizaciones, 5) desregulación; B) Reforma financiera y cambiaria: 6) liberalización financiera, 7) tipos de cambio unificados y realistas; C) Apertura económica: 8) liberalización del comercio, 9) apertura a la inversión extranjera directa; D) Mejora institucional: 10) asegurar derechos de propiedad. Este conjunto de prescripciones se aplicaron en algunos países, pero no presentaron una salida definitiva al problema. Posteriormente, Stiglitz (1998) y otros, como el muy interesante y sugestivo artículo de Rodrik (2006), han criticado esa posición, corrigiendo las recomendaciones del Consenso y ampliándolas. Finalmente, en mayo de 2008 se publicó el informe de la Comisión de Crecimiento y Desarrollo, organizado por el Banco Mundial y otras entidades en las que participaron una serie de altos dirigentes de algunos países y economistas, entre ellos Solow, que puso al día las experiencias recogidas sobre el tema, al que nos referiremos más adelante.

## II. El desarrollo argentino

### 1. Período 1810-1910: las ventajas comparativas, la inmigración y la entrada de capitales

Básicamente Argentina aplicó en esos cien primeros años de vida, las lecciones de la teoría económica conocidas en aquellos momentos. Se especializó en la producción de aquellos bienes en los que podía tener una ventaja relativa y que fueran demanda-

dos por la economía internacional, que, en aquel momento, eran los alimentos. Para ello el país requería enormes dosis de capital, pero su nivel de ahorro interno era insignificante en relación a dichas necesidades. Para superar esta debilidad se consideró la idea de recurrir al mercado internacional de capitales. Pero fue necesario convencer a dicho mercado de que la inversión en Argentina podía ser segura y rentable. Como la demanda de alimentos era realmente excepcional (como lo es actualmente), se estudió la forma para poder crear esas condiciones. Para ello se eligió, paulatinamente, un modelo económico que resultó similar a la mejor economía de aquella época, es decir, la de Inglaterra. Aun así, no resultaba suficiente, pues las condiciones de Argentina no eran las mismas que las inglesas. Se necesitaba dar más seguridades. Para convencer a los inversores, se otorgaron garantías estatales de rentabilidad para el desarrollo de la infraestructura y otros proyectos, lo que provocó una modernización acelerada del país, aunque también dio lugar a varios procesos de corrupción. De todas maneras, el capital fluyó en cifras enormes a nuestro país, y hacia 1910 alrededor del 50% del capital del país tenía su origen en el ahorro externo coagulado en equipos de producción y transporte en Argentina (J. C. Esteban, 1972). Con esta enorme entrada de capitales, al poco tiempo de iniciado el proceso faltó mano de obra para poder poner todos los proyectos en operaciones, y, como el precio de los alimentos seguía alto, las inversiones seguían siendo muy atractivas. Para cubrir el bache de mano de obra, se favoreció un proceso de inmigración europea, principalmente de Italia y España, países que tenían problemas de ocupación y bajos salarios. Al venir a Argentina, esos inmigrantes obtenían un ingreso del doble del que podían lograr en los países de origen, si tenían la suerte de estar ocupados. No obstante, faltaba gente preparada para entender las nuevas condiciones, por lo que se recurrió a organizar la educación masiva de los pobladores, considerando que el mejor esquema era el americano. Se contrataron educadores de ese origen que organizaron buena parte de las escuelas del país, especialmente las de maestros, con un

resultado muy fuerte, ya que la educación primaria fue obligatoria y de reconocida calidad.

En resumen, podemos decir que la economía de Argentina respondió en este período a una función de producción clásica por la cual el *output* dependió de la dotación de recursos naturales o tierra (N), de las dosis de capital aplicadas (K) y de la mano de obra utilizada (L), con resultados que fueron muy buenos, aunque no podemos demostrar que dicha función haya sido tomada en cuenta *a priori* o si resultó de esa manera *ex post*. Se trató de mejorar la calidad de la mano de obra con el fuerte desarrollo de la educación. Las instituciones, a partir de la Constitución de 1853, se mantuvieron estables; la población se incorporó progresivamente a la vida política a través del voto universal que llegó en 1912. Si bien estos aspectos han sido resaltados en la literatura económica bastante después, Argentina los tuvo en cuenta ya en aquella época.

Al revisar las cifras de 1910, encontramos que Argentina era el octavo país del mundo por tamaño económico y que la calidad de vida, medida por un indicador generalmente aceptado como es el PBI per cápita, también estaba en el octavo lugar en el concierto de las naciones (Orlando Ferreres y otros, 2006).

## **2. Período 1910-2007: la expropiación del ahorro, salida de capitales, deterioro de las instituciones**

En los segundos cien años de vida, la Argentina se fue cerrando en sí misma, dejando de lado el seguimiento de las grandes corrientes de pensamiento internacionales. Después de la Primera Guerra Mundial, pareció reencontrar el camino, pero, finalmente, perdió institucionalidad. En 1930, cuando ya se insinuaba la crisis mundial, los militares dieron un golpe de estado, derrocando a las autoridades legalmente constituidas. La Argentina, que estaba calificada como “A *investment grade*” (Moody’s Manual, 1918) es decir, como un país estable, del que no se esperan sorpresas, con esta acción dejó perplejo al mundo y comenzó la salida de capitales. Inmediatamente se estableció una cantidad enorme de regula-

ciones estatales, creando organismos específicos por actividad para regular o incluso para realizar estatalmente actividades productivas. En 1939 se estableció el control de precios, a pesar de lo cual hubo inflación hasta 1990, cuando se lo eliminó y se terminó con la inflación o hiperinflación. En todo este período y hasta 1983 hubo una alternancia entre gobiernos militares y civiles y –en general– podemos decir que fue una época muy convulsionada. En este período la inflación se acentuó, el déficit fiscal fue crónico, se expropiaron casi todos los servicios públicos, la producción agrícola se redujo por el control estatal de sus precios y rentabilidad, se subsidió a la industria, se produjeron déficits de balanza de pagos por problemas comerciales, por un lado, y por la salida de capitales que, al contrario de lo que había ocurrido en los primeros cien años del país, ahora no se sentían seguros en la Argentina, por el otro.

La sustitución de importaciones fue un esquema que se aplicó en esta época, fundamentado en la idea de la caída secular de los precios de las materias primas. Se trató de desarrollar industrias locales, en general con protección aduanera, con tipos de cambio diferenciales, que perjudicaban al agro y transferían indirectamente recursos a la industria. Importantes masas de población migraban hacia las ciudades grandes y presionaban para obtener un trabajo que –se pensaba– sólo podía ser brindado por las industrias.

En todo este subperíodo que se inicia en 1930 la confianza se redujo completamente y –salvo cortas excepciones– el capital salió permanentemente del país, no sólo lo que había ingresado antes, sino también los ahorros de argentinos. Básicamente, los gobiernos decidieron no mantener el valor del dinero a lo largo del tiempo. De esta forma, la Institución de monopolio del Estado para garantizar la emisión segura de dinero se utilizó –por el contrario– para expropiar el ahorro. Para ello se utilizaron mecanismos directos e indirectos. El déficit fiscal fue una característica de esta etapa, salvo algún año excepcional. Se financió, básicamente, con mayor emisión de dinero del BCRA, lo que fue generando una inflación que, naturalmente, afectó a todos aquellos agentes eco-

nómicos que tuvieran activos nominados en pesos. Los asalariados y las cajas de jubilaciones fueron los más afectados.

Frente a las crisis recurrentes que atravesó la Argentina en los últimos setenta años, las autoridades consideraron –en la práctica– que las Instituciones monetarias, especialmente el ahorro –que para su seguridad y motivación requiere que el valor de la moneda se conserve a lo largo del tiempo– no tenía por qué priorizarse y se debía favorecer más bien a los sectores endeudados. Mediante la devaluación –y a veces la “maxidevaluación”– del tipo de cambio, se transferían recursos de los ahorristas a los deudores. En otros casos la transformación de las cuentas bancarias –plazos fijos, caja de ahorros, cuentas corrientes– en bonos del Estado a pagar en diez años, generaron una gran falta de confianza en la moneda local. Los ataques a la Institución de la moneda, la gran emisión de papel-moneda, obligaron al ente regulador estatal (el Banco Central) a cambiar cada tanto la denominación de los billetes, pues era inmanejable el uso de millones de pesos para hacer las pequeñas compras de todos los días. Si bien hay un número concomitante de medidas relacionadas con los errores de la gestión, orientada ésta sin considerar los costos a largo plazo de esas violaciones a los derechos económicos (así también como a otros derechos), podemos ver en las expropiaciones del ahorro el resumen de ese tipo de desmesuras (ver el primer gráfico).

La incertidumbre económica y general predominó y los capitales buscaron refugio en lugares confiables, como Uruguay, Suiza, Estados Unidos y otros. Estimamos la suma de Activos Externos del Sector Privado no Financiero en 229 mil millones de dólares al 31/12/07; tal suma representaba el 73% del capital reproductivo del país, un signo inequívoco de la tendencia a no invertir en el país, al menos en todo lo que hubiera sido posible.

La Argentina es uno de los países que más retroceso relativo ha tenido en los últimos cien años. Las instituciones se deterioraron; la economía no creció como se esperaba. El salario real disminuyó y el nivel de vida, que era comparable al de Canadá desde 1810 hasta 1910 o incluso hasta 1940 (con

## MONEDAS EN USO EN LA ARGENTINA

1810-Actualidad

Período	Relación con la moneda actual	Moneda	Sigla	Conversión entre monedas
1810 - 1826	250.000.000.000.000	Moneda Macuquina	Mm	
1826 - 1883	250.000.000.000.000	Pesos Papel	\$P	\$P 1 = Mm 1
1883 - 1969	10.000.000.000.000	Peso Moneda Nacional	m\$n	\$P 25 = m\$n 1
1970 - Mayo 1983	100.000.000.000	Peso Ley 18188	\$ley	m\$n 100 = \$ley 1
Jun 1983 - Jun 1985	10.000.000	Peso Argentino	\$a	\$ley 10.000 = \$a 1
Jun 1985 - Dic 1991	10.000	Austral	A	\$a 1.000 = A 1
Ene 1992 - Actualidad	1	Peso	\$	A 10.000 = \$ 1

Salvo para el período 1810-1826, el cuadro se refiere a "papel moneda". Desde la época de la colonia circularon "pesos fuertes" de oro y, principalmente, de plata. Por ley 1130 de 1881 se creó el "argentino de oro" que reemplazó al "peso fuerte".

**Nota:** Para la conversión entre la Mm y el \$P se tomó la Mm de 27 gramos de plata (u 8 reales), ya que se sabe que su relación con el \$P era de "1 a 1" (Fuente: "Papel moneda nacional argentino y bonaerense siglo XIX, 1813-1897", autores: O. Nusdeo y P. Conno, Editorial H.C.Janson). En esos años estuvieron vigentes varias monedas en forma simultánea.

Fuente: "Dos Siglos de Economía Argentina 1810-2004", Capítulo Sector Financiero.

## Activos externos del Sector Privado no Financiero

- en millones de dólares -

Fecha	Según Balance de Pagos	Sobre y subfacturación de Comercio Exterior	TOTAL	% del PBI	% del Stock de Capital Reproductivo
Dic-94	56.149	40.296	96.445	37,5	31,7
Dic-95	67.323	42.648	109.971	42,6	33,8
Dic-96	72.728	44.908	117.636	43,2	35,5
Dic-97	79.351	47.360	126.710	43,3	37,1
Dic-98	85.682	49.895	135.577	45,4	38,3
Dic-99	91.206	52.375	143.581	50,6	40,2
Dic-00	94.249	55.641	149.890	52,7	42,6
Dic-01	107.114	59.415	166.529	62,0	48,8
Dic-02	117.750	61.537	179.287	174,9	110,8
Dic-03	123.647	63.671	187.318	146,9	100,0
Dic-04	126.465	66.464	192.930	126,8	90,7
Dic-05	125.962	70.958	196.920	108,2	82,4
Dic-06	133.410	77.240	210.650	99,0	78,6
Dic-07	144.310	84.586	228.896	87,8	72,6

Fuente: OJF en base a Mecon y cálculos propios.

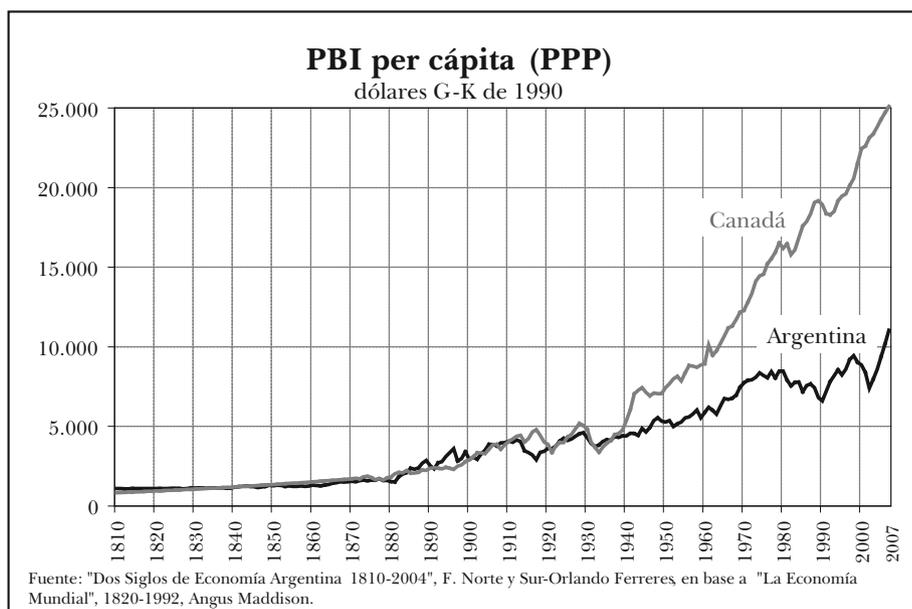
fluctuaciones), es ahora un tercio del de los pobladores de aquel país. Si bien pueden apreciarse problemas en la calidad del capital humano y también en el progreso tecnológico argentino de estos segundos cien años, el problema que, finalmente, hizo que

la ecuación de producción se atrase relativamente respecto de otros países fue el capital (K) y la expropiación del ahorro, por un lado, o el envío del mismo fuera del país para no sufrir dicha expropiación, por el otro. Si aplicamos a la producción de cada

año el capital que fue enviado al exterior durante el mismo período y si luego tomamos la parte del ahorro que corresponde a ese producto adicional y la reinvertimos al año siguiente, y así sucesivamente, es decir, si tratamos de reproducir lo que podría haber pasado de contar con instituciones y un buen manejo en la conducción del país, hubiéramos llegado a tener en 2007 el mismo nivel de vida que Canadá, de acuerdo al PBI per cápita. Es cierto que también hay un deterioro en la calificación de personal con unos seis millones de personas ocupadas en actividades informales, en empresas pequeñas, con poco capital, que posiblemente tampoco tendríamos si la institución de la moneda se hubiera respetado como corresponde.

dirigencia política no parece haber tomado mucho en cuenta este factor, aunque tanto en la industria como en el campo hubo desarrollos importantes, que han trascendido incluso hacia el exterior.

Las nuevas orientaciones de *Political Economics* ponen el acento en la relación entre la política y la economía para analizar sus mutuos efectos sobre el crecimiento económico. Sus análisis tienen una nueva visión de los agentes políticos. Éstos no son un Administrador Benevolente, que sólo piensa en el interés general, pues lo que ha demostrado la teoría del *Public Choice* es que los políticos también tienen sus funciones de utilidad como cualquier agente económico y también tratan de maximizar las mismas. Tampoco son un Leviatán Malevolente, que



Desde que se volvió a la democracia en 1983 han existido también experiencias bastante desmesuradas y de distinto signo ideológico, que se han ido anulando unas a otras, sin poder romper el ciclo marcado por la expansión y la crisis a los pocos años. Para poder decir que hay crecimiento se requieren tasas positivas por veinte años seguidos y esto no lo hemos llegado a apreciar, pues las políticas aplicadas no son sustentables en ese período, son más bien coyunturales o válidas hasta la próxima elección. Con respecto al progreso tecnológico, tan importante en la literatura del crecimiento, la

sólo llega al gobierno para enriquecerse, pues existen numerosas instituciones que brindan chequeos y balances, que frenan la ambición desmedida del gobernante o su grupo. En la Argentina, en relación al desarrollo económico, parecen haber fallado estos "check and balances" y se ingresó en la desmesura de las medidas económicas contrarias al interés general de largo plazo. Las instituciones son fundamentales para el crecimiento económico a largo plazo y Argentina ha descuidado mucho este aspecto, tanto desde el sistema electoral, como desde la división de poderes o, ya entrando

en las instituciones económicas, en relación a los derechos de propiedad, por ejemplo, con la sistemática expropiación del ahorro. El tema de las instituciones se ha estudiado recientemente, como puede ser el caso de Acemoglu, Johnson y Robinson (2004) *"Institutions as the Fundamental Cause of Long-Run Growth"* y es un tema al cual debemos prestar más atención práctica, no sólo declarativa.

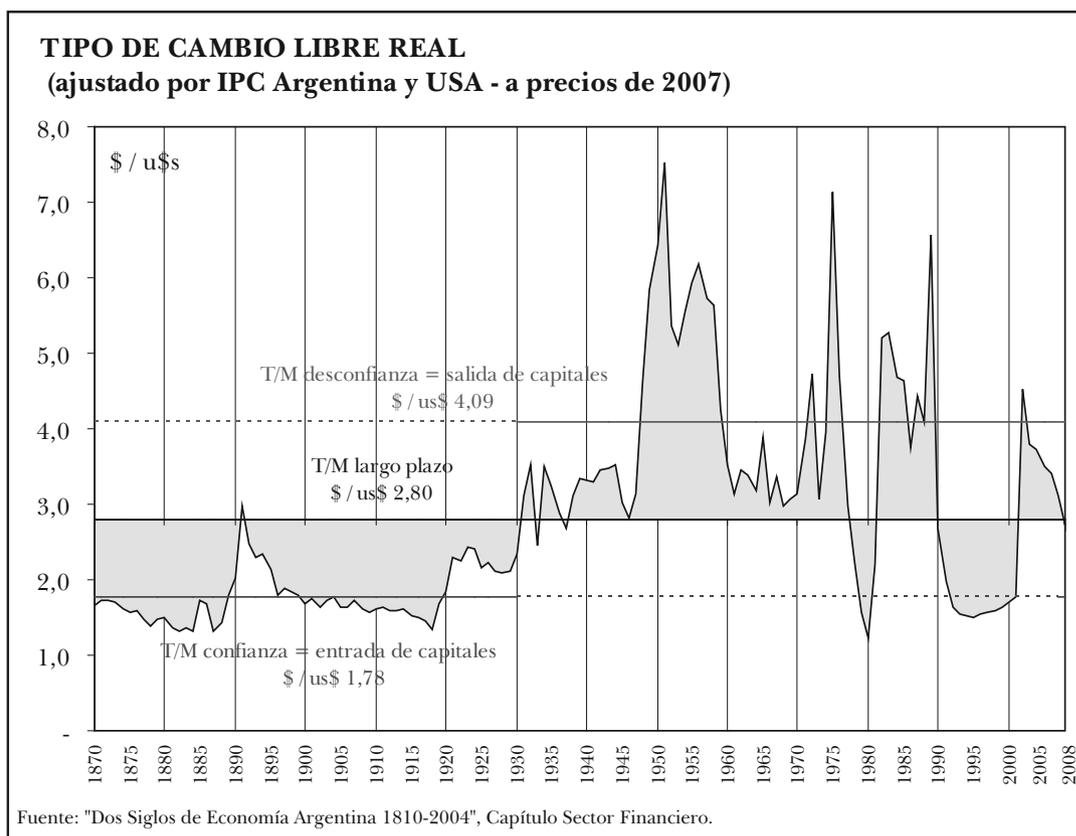
### III. El futuro de Argentina

Para crecer más rápido, es evidente que lo primero que suele pensarse es en aumentar las dosis de capital en nuestra economía, repatriando los capitales que se fueron durante ochenta años. Sin embargo, esto no resulta tan fácil de lograr, aun suponiendo que se pudiera convencer a todos esos ahorristas de que reingresen sus capitales en el país.

El mercado cambiario se mueve también por la oferta y la demanda. Cuando ingre-

recursos financieros que se van a gastar en el mercado local. Estas divisas que ingresan, reducen el precio de la divisa en el mercado local, reducen el tipo de cambio. Esto fue lo que ocurrió en el lapso 1870-1930 y en algunos momentos más cercanos como 1979-80 y 1992-1999. Hemos calculado el tipo de cambio en moneda contante en el largo plazo para el dólar estadounidense, tomando los precios al consumidor de Argentina y EE. UU., a precios del 2007; allí puede verse que en el período de entrada de capitales, el tipo de cambio real (1,80\$ x u\$s) se ubica por debajo del promedio de largo plazo (2,80\$ x u\$s). En tanto que, en los períodos de salida de capitales, 1930 en adelante, ocurre lo contrario (4,10\$ x u\$s).

Nuestro dilema es que, si logramos generar confianza en el país, la entrada de capitales nos hace bajar el tipo de cambio a 1,80\$ x u\$s (como ocurre hoy en Brasil con el real), pero a este tipo de cambio, muchas industrias no son viables, lo que exige una reprogramación difícil en el tiempo. Esto ocurrió, por ejemplo, en la década del no-



san capitales siempre se requiere, aunque sea para las obras civiles, una cantidad de

venta. Al mismo tiempo, si no generamos confianza, el tipo de cambio real es "alto",

pero sigue saliendo el capital y nuestro crecimiento entonces se agota por insuficiente ahorro al cabo de unos años de salir de una crisis. La demanda de divisas no sólo es para comprar bienes de capital, sino también para comprar divisas para llevar el ahorro a países seguros, el “*stop and go*” es aun más complicado de lo que fue descrito en la literatura. Este “dilema del tipo de cambio real” los lleva a decisiones de política económica muy difíciles de tomar que sin embargo hay que adoptar y que exigen un consenso importante y una gradualidad programada aunque acotada en el tiempo, para ser exitosas.

Todo esto no es más que uno de los problemas a solucionar en nuestro país. Tampoco se tiene en claro cómo podría llegarse a una mayor consistencia con el largo plazo en cuanto a las medidas económicas.

Es evidente que debemos profundizar en las enseñanzas de las nuevas corrientes de pensamiento, por ejemplo, la que analiza las relaciones entre la política y la economía, desde los sistemas electorales hasta la formación de dos o muchos partidos políticos, desde la estructura del poder (Presidente, Congreso, Justicia, Gobernadores, Intendentes y demás), hasta la Constitución y, en definitiva, de la forma más adecuada para que los gobernantes representen los intereses generales de la población en el largo plazo, en lugar de los de corto plazo de los grupos de poder o los *lobbying*.

Es difícil determinar las cosas que hay que hacer y las que no hay que hacer para crecer. Pero, al menos, saquemos alguna lección de las experiencias ajenas. En mayo de 2008, editada por el Banco Mundial, se publicó una investigación de la Comisión sobre Crecimiento y Desarrollo, acerca de las estrategias para el crecimiento sostenido y el desarrollo inclusivo en el que se señalan cuáles son las cosas que dan resultados y cuáles son las que no funcionan en relación a este tema.

En diversos capítulos se establecen las políticas que han dado resultado cuando fueron aplicadas por más de veinte años seguidos en sus países. También podemos ver las cosas que no han funcionado, que se encuentran sintetizadas en la página 68:

“Medidas que no son recomendables para el desarrollo a largo plazo [según Comisión sobre Crecimiento y Desarrollo, documento editado por el Banco Mundial, mayo 2008]:

- Subsidiar energía, excepto en muy limitados casos de sectores muy vulnerables.
- Disminuir el desempleo utilizando al Estado como “empleador de última instancia”.
- Cortar gastos de infraestructura, cuando hay problemas macroeconómicos, para reducir el déficit fiscal (en lugar de cortar gastos burocráticos).
- Establecer protección sin un horizonte limitado a industrias, firmas y trabajo, sustrayendo a estos sectores de la competencia.
- Imponer controles de precios para combatir la inflación.
- Cerrar las exportaciones por largos períodos de tiempo para mantener los precios domésticos bajos para los consumidores a expensas de los productores.
- Resistir el proceso de urbanización y subinvertir en infraestructura urbana.
- Ignorar los temas de protección del medio ambiente, como “lujo insostenible”.
- Medir el progreso educativo sólo por la construcción de escuelas o alta inscripción de alumnos, en lugar de hacer foco en el aprendizaje y la calidad de la educación.
- Pagar poco a los empleados públicos, en especial a los maestros, en relación a los valores de los mercados para experiencia y conocimientos similares.
- Tener una pobre regulación del sistema bancario, que permita el desarrollo de intermediarios financieros informales y de alto costo en términos de productividad.
- Permitir que el tipo de cambio se aprecie demasiado antes de que la economía esté lista para las actividades de más alta productividad”.

Aclaran que esta lista “es ilustrativa y no exhaustiva”. Podríamos agregar, por nuestra parte, que “cualquier parecido con la realidad argentina es pura coincidencia”.

## Referencias bibliográficas

- Acemoglu, D., Johnson, S. y Robinson, J. (2004), "Institutions as the Fundamental Cause of Long-Run Growth", en *Handbook of Economic Growth*, Aghion and Durlauf, Cambridge.
- Commission on Growth and Development (2008), *Strategies for Sustained Growth and Inclusive Development*, editado por: The World Bank, Washington.
- Esteban, J. C. (1972), *Imperialismo y Desarrollo Económico*, Merayo, Buenos Aires.
- Ferrerres, O. J. y otros (2006), *Dos siglos de Economía Argentina en Cifras*, Ateneo y Norte y Sur, Buenos Aires.
- Forbes Harrod, R. (1939), "An Essay in Dynamic Theory", *Economic Journal*, n° 49, Marzo 1939, Errata en Junio, p. 377.
- Gaillard, N. (2005), "Moody's Sovereign Ratings: 1918-1939 and 1986-2006 Compared", en *Chaire Finances Internationales Working Paper*, Agosto 2007. Publicado también en *Journal of Money, Credit and Banking*, Octubre 2007.
- Hicks, J. (1932), *The Theory of Wages*, Macmillan, Londres.
- Malthus, T. (1820), *Principios de Economía Política*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Marx, C. (1867), *El Capital*, Hyspamerica, Buenos Aires, 1984.
- Prebisch, R. (1950), *The Economic Development of Latin America and its Principal Problems*, UN Economic Commission for Latin America, New York.
- Ricardo, D. (1821), *Principios de Economía Política y Tributación*, Hyspamerica, Buenos Aires, 1985.
- Rodrik, D. (2006), "Goodbye Washington Consensus, Hello Washington Confusion? A Review of the World Bank's Economic Growth in the 1990s: Learning from a Decade of Reform", *Journal of Economic Literature*, Diciembre 2006.
- Romer, P. (1986), "Increasing Returns and Long-Run Growth", *Journal of Political Economy*, n° 94.
- Romer, P. (1990), "Endogenous Technical Change", *Journal of Political Economy*, n° 113.
- Singer, H. (1950), "The Distribution of Gains between Investing and Borrowing Countries", *American Economic Review*, n° 40, Mayo 1950.
- Smith, A. (1776), *Investigación de la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*, Editorial Bosch, Barcelona, 1955.
- Solow, R. (1956), "A Contribution to the Theory of economic Growth", *Quarterly Journal of Economics*, n° 70, Febrero 1956.
- Solow, R. (1957), "Technical Change and the Aggregate Production Function", *Review of Economics and Statistics*, n° 39, Agosto 1957.
- Stiglitz, J. (1998), *Más Instrumentos y Metas más amplias para el Desarrollo. Hacia el Consenso Post-Washington*, Traducción de Joan Prats para Instituto Internacional de Gobernabilidad, WIDER.

---

<sup>1</sup> Según la enumeración de D. Rodrik (2006), que he reclasificado.